

El cuerpo de la Tormenta

Alejandro Modarelli

Escritor

Resulta difícil, cuando no inoportuno, pensar los cruces, los vínculos afectivos, en fin, todas aquellas circunstancias que hacen a la propia orientación sexual en su encuentro con el trabajo literario, donde de algún modo aquella se vela y se devela. Y no prestarse, en ese intento, a un número de malentendidos: entre ellos sustraerse a una cierta megalomanía en el mostrarse, o a cierta hipocresía propia del escritor temeroso.

Lo primero que aparece en la memoria de la biblioteca familiar, donde encontré el disparador inicial para mi deseo todavía impreciso fue *Capitán Tormenta*, una novela de Emilio Salgari, en la que se enmascara una identidad y se la hace jugar en la frontera de los géneros. Ese enmascaramiento era el motor de un amor imposible —el enamorado deseaba pero no comprendía qué deseaba— me sirvió, no mucho más tarde, para inventar personajes que disfrazaban su homosexualidad en la soledad, la inquietud y confusión que sufren y provocan, el desborde, la clandestinidad, la rareza... Por ejemplo, dos muchachos mencionados en *La Eneida*, Euríalo y Niso, que se sobreentiende que son amantes, se dirigen juntos a la muerte en un campamento enemigo solo para hacer cesar un sentimiento que ya los volvía frágiles más que complementarios. O en una mujer llamada Santa Juana de los Mejillones, una prostituta solitaria que se enamoraba en las Georgias del Sur de un holandés errante. Los famosos holandeses errantes, tan de los mares. Disputa esa pasión el administrador de la compañía ballenera. La homosexualidad mal vivida en un poblado impregnado de un olor repulsivo. La influencia de mis lecturas de Jean Genet tuvo un peso indeseado a causa de mi juventud. Volví sobre el texto hace unos años, modificando la trama pero no el escenario, y uno o dos personajes quedaron intactos.

Cuando dejé de ser un paria sin conciencia, cuando —por decirlo en términos sartreanos— asumí mi sexualidad, también comenzó para mí la reflexión sobre la identidad, la cultura gay, el recambio de modelo de existencia entre los homosexuales, las percepciones históricas y las expectativas en relación a su devenir. En 2001 se publicó un ensayo sobre esas transformaciones, que es a la vez un libro de historia y crónica sociológica sobre la represión en época de la dictadura (*Fiestas baños y exilios. Los gays porteños en la última dictadura*).¹ Sí, de la dictadura, pero también del antes y el después de esta, de un sufrimiento pero también de una resistencia al orden de la muerte, la

¹ Este libro, coescrito con Flavio Rapisardi, fue publicado por la editorial Sudamericana.

persecución, y de esa otra manera de morirse que es quedarse como espectador de su tiempo, sin tener, como yo, la oportunidad de sentirse parte activa.

Me di cuenta de que todo lo que escribo está hecho desde el resentimiento, por el tiempo que se me escapa, por las características y condiciones que adquirió el nuevo modelo gay, todo ese asunto de la mercadotecnia, los cuerpos clonados, la asimilación. Por alguna razón el pasado trágico me parece más poderoso e inspirador. Sé que me introduzco a contramano en el debate, desde la bronca, desde la soledad sexual, la inadaptación y el rechazo. Siempre considerando la justicia de los derechos consagrados para el colectivo LGTBI, pero desde un cierto desdén, como el de Urdapilleta² jugando con el significante matrimonio igualitario: "matrimonio igual de otario". Porque mi manera de habitar en el tiempo fue siempre la melancolía, pero una melancolía creativa, que paradójicamente suena ahora alegre y festiva. Hay testigos de esto, testigos que se dejan conducir por una fiesta que en realidad es un funeral barroco. No hay crónica de viaje donde no llueva esperma de los chongos, como escribió María Moreno³ sobre *Rosa prepucio*.⁴ A mí, el chongo generoso me salvó la vida sexual. Son un don, sobre todo los árabes.

Por otra parte, al escribir me di cuenta de que tenía la necesidad de revelar el mecanismo de mi escritura, las inspiraciones, las fuentes, mezclar los géneros, pelearme conmigo mismo porque nunca termino de estar del todo de acuerdo con lo que surge. Quizá sea una manera de exhibicionismo erótico, desnudar las partes, no guardarse nada. Jugar a mostrarse y a ocultarse, como Diana la cazadora.

En *La noche del mundo*,⁵ que salió a la calle en el mes de diciembre último, hubo un vuelco, más bien un aterrizaje forzoso. Literal. Un avión desde Bogotá fue el escenario de un ensayo de muerte, porque los pulmones se me volvieron pasas de uva en el viaje. El avión tuvo que bajar en Bolivia de urgencia. Un neumotórax y un coma de diez días. Inducido, con una serie de sueños que fui comentando a mi hermana que viajó hasta la clínica donde agonizaba.

La noche del mundo es un desmoronamiento de la subjetividad. En un hospital de Santa Cruz de la Sierra, donde de a ratos y ya despierto deliraba. ¿Qué experiencia de la sexualidad podía tener ahí? Orinándome encima, cagando la terapia intensiva, atado a veces a la cama. Bueno, Eros se filtra en todas partes como el sudor, también en la agonía de un cuerpo. En esos momentos de locura lúcida, cuando salí del coma, empecé a mirar el cuerpo de los enfermeros con deseo. Me aferré a la fantasía de un enfermero que podría excitarse tomándome en sus brazos para cambiarme las

² Alejandro Urdapilleta (1954-2013), actor argentino de cine, teatro y televisión.

³ María Moreno, escritora y periodista cultural argentina, autora de *El fin del sexo y otras mentiras* (1998), *Subrayados* (2013) y *Black Out* (2016), entre otros títulos.

⁴ *Rosa prepucio. Crónicas de sodomía, amor y bigudí* fue publicado por la editorial Mansalva en 2011.

⁵ *La noche del mundo. Brumario de maricas* fue publicado por la editorial Mansalva en 2016.

sábanas cagadas. Yo, el prójimo casi ideal, el que se moría pero aún no estaba muerto, persistía en registrar el roce de una piel.

Hasta en esas situaciones de un cuerpo que se retira en tiempo y forma hay Eros. Se me ocurre que ese Eros de las maricas es de una intensidad mayor. Adelaida Gigli, la madre de los hijos de David Viñas, decía que los putos somos insaciables. Que eso era lo que le gustaba de nosotros. Recién ahora termino de comprender en serio lo que quiso decir.

O sea, el vínculo de cuerpo sexuado, el del narrador, el mío, y el cuerpo de mis textos es el mismo cuerpo, se entremezcló siempre. Habrá que ver si no van decayendo al mismo tiempo. Pero alguna vez escribí que un cuerpo gozoso que se retira va dejando en su difuminarse polvo de oro. Que dentro de esa luminosidad intermitente, todavía genera escenarios para varias resurrecciones. No sé si mi vida literaria terminará junto con mi vida sexual. Por suerte siempre me quedará Túnez, donde los chongos nos dan a las chicas mayores dátiles de comer en la boca. Donde el modelo gay es una experiencia que a pesar de todo sigue siendo extranjera y el peligro que se cierne sobre nosotras, las locas que nos quedamos añorando un paraíso, que como todo paraíso es un deseo más, ese peligro, digo, está erotizado, está lleno de posibles lluvias de esperma, como le divertía escribir a María Moreno sobre mis crónicas.